

**ENTRE ROMANTICISMO, ANTIESCLAVISMO Y
ESPIRITUALIDAD: LOS ECOS FEMINISTAS
TRANSCULTURALES DE SAB DE GERTRUDIS GÓMEZ DE
AVELLANEDA EN *THE BONDWOMAN'S NARRATIVE* DE
HANNAH CRAFTS¹**

Vicent Cucarella Ramón²

Entre Romanticismo, Antiesclavismo y Espiritualidad: Los ecos feministas transculturales de Sab de Gertrudis Gómez de Avellaneda en *The Bondwoman's Narrative* de Hannah Crafts

Resumen: El siguiente artículo se centra en las novelas *Sab* (1841) de la escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda y en la recientemente descubierta novela *The Bondwoman's Narrative* (1857) de la esclava afroamericana Hannah Crafts pues ambas son excelsas en el manejo de una serie de recursos románticos y góticos que encuadran las historias en un contexto decimonónico específicamente femenino. El poder de la pasión, el desbordante y sugestivo marco natural que abriga o arrumba el destino de los personajes y la exaltación de los sentimientos como paradigma epistemológico son los rasgos que las autoras desarrollan siguiendo los cánones establecidos de la época. A través de una intertextualidad transcultural indirecta que moldea los tropos del romanticismo, el uso de la esclavitud y la creación de una espiritualidad redentora, las novelas de Gómez de Avellaneda y de Hannah Crafts se entrelazan entre sí y contribuyen no sólo a perpetuar un género literario que enciende la mecha de la reivindicación femenina sino que, además, demuestran que las mujeres utilizaron también la literatura para participar en los debates nacionales empleando sus propias armas culturales y, por tanto, plantando la semilla de una literatura genuina que florecerá a lo largo del siglo XIX con más precisión y fuerza.

Palabras clave: Romanticismo, antiesclavismo, espiritualidad, feminismo, decimonónico.

Between Romanticism, Anti-Slavery and Spirituality: The transcultural feminist echoes of Gertrudis Gómez de Avellaneda's *Sab* in Hannah Crafts's *The Bondwoman's Narrative*

Abstract: This article links the novels *Sab* (1841) by Cuban writer Gertrudis Gómez de Avellaneda and the recently discovered *The Bondwoman's Narrative* (1857) by African American female writer Hannah Crafts since both deal with romantic and gothic tenets that position their stories in openly feminine nineteenth century. The power of passion, the exuberant and alluring natural framework that can either protect or wash away the destiny of the characters alongside the exaltation of feelings as an epistemological paradigm are the traits that both writers unfold following the established canon of the nineteenth century. Through an indirect transcultural intertextuality that reshape the tropes of romanticism, the use of slavery and the creation of a redeeming spirituality, the novels by Gómez de Avellaneda and Crafts intermesh with each other and contribute not only to perpetuate a literary genre that represents the first steps of a path for a feminine vindication but also they demonstrate that women used literature to participate in the

¹Fecha de recepción: 13/12/2015.

Fecha de aceptación: 20/12/2015.

² Profesor Asociado, Departamento de Filología Anglesa i Alemanya, Universidad de València; [✉vicent.cucarella@uv.es](mailto:vicent.cucarella@uv.es).

national debates employing their own cultural outlets and, therefore, planted the seed of a genuine type of literature that will bloom steadily throughout the nineteenth century.

Key words: Romanticism, anti-slavery, spirituality, feminism, Nineteenth Century.

Pertenezco a aquella raza desventurada sin derechos de hombres...soy mulato y esclavo

Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Sab*

I had not lived fourteen years in slavery for nothing. I had felt, seen, and heard enough, to read the characters, and question the motives, of those around me. The war of my life had begun; and though one of God's most powerless creatures, I resolved never to be conquered.

Harriet Jacobs, *Incidents in the Life of a Slave Girl*

1. Introducción

La historia de la esclavitud y el consiguiente régimen de opresión y transculturación es la herida histórica más sangrante del continente Americano. Los africanos que fueron capturados y trasladados al llamado “Nuevo Mundo” alteraron, forzosamente, el mapa racial de América y contribuyeron a forjar, muy a su pesar, sociedades multiétnicas cuyo contrato social distó mucho de la justicia a la que las nuevas sociedades aludían. En un primer lugar, los ingleses, holandeses, franceses y españoles que colonizaron las fértiles tierras americanas recurrieron a la esclavitud indígena, después de haber aniquilado a gran parte de su población, como mano de obra para el cultivo de las ricas tierras y las provechosas minas. No obstante, a medida que la conquista avanzaba se hizo patente que se precisaba de más mano de obra barata para poder rentabilizar las expugnaciones. Así fue como, desde principios del siglo XVI, los primeros esclavos africanos son forzosamente desplazados a América. Y con ellos, se funda la novela antiesclavista que configura una “cultura afroatlántica”, en palabras de John Thornton, que fomenta “culturas híbridas e identidades nacionales a ambos lados del Atlántico” (Benítez-Rojo 2005: 47). El discurso afroatlántico circunda “no sólo lo referente a los cambios provocados por la

plantación esclavista en la naturaleza y en las sociedades de África y América sino, además, un haz de discursos metropolitanos, imperiales si se quiere” que resaltan “las diferencias sociales” (Benítez-Rojo 2005: 47).

Un hecho verdaderamente relevante es el que señala el propio Antonio Benítez-Rojo al afirmar que “al conectar las novelas abolicionistas del Gran Caribe al sistema de la novela afroatlántica” se observa que “las primeras novelas abolicionistas escritas dentro de las literaturas en lengua inglesa, francesa y española no fueron escritas por hombres sino por mujeres” (2005: 47). Benítez-Rojo constata, pues, que el “hecho de que las primeras novelas antiesclavistas fueran escritas por mujeres, habla de una temprana solidaridad de la mujer con el esclavo” además de contribuir a “la formación de retóricas tanto abolicionistas como antipatriarcales” (48). Siguiendo el postulado del novelista y ensayista cubano y tomando la cultura afroatlántica como punto de partida, el siguiente artículo pretende centrarse en las novelas *Sab* (1841) de la escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda y en la recientemente descubierta novela *The Bondwoman's Narrative* (1857) de la esclava afroamericana Hannah Crafts –siendo ambas creaciones nombradas por Benítez-Rojo en su listado cronológico de obras antiesclavistas escritas por mujeres– para ver las intersecciones literarias y la intertextualidad transnacional que acontecen entre ambas. Entendiendo la intertextualidad tal y como Genette, siguiendo la senda de Kristeva, definió el término: “una relación de copresencia entre dos o más textos, es decir, eidéticamente y frecuentemente, como la presencia efectiva de un texto en otro” (Genette 1989: 10), los ecos de *Sab* son fácilmente escuchados en *The Bondwoman's Narrative*. Los escasos dieciséis años que separan su creación dan cuenta de las similitudes temáticas, estilísticas y culturales que las dos escritoras plasmaron en un intento de situar el contexto de esclavitud en sus respectivos países. Sin embargo, como veremos, ambas autoras convergen, también, en la creación de numerosos episodios ambiguos, liminales e incluso conservadores desde el punto de vista sociocultural, hecho este que les ha granjeado una serie de críticas y desconfianzas intelectuales.

A pesar de ello, las dos novelas son excelsas en el manejo de una serie de recursos románticos y góticos que encuadran las historias en un contexto decimonónico específicamente femenino. Así, el poder de la pasión, el desbordante y sugestivo marco

natural que abriga o arrumba el destino de los personajes y la exaltación de los sentimientos como paradigma epistemológico son los rasgos que las autoras desarrollan siguiendo los cánones establecidos de la época. En cuanto a la denuncia de la esclavitud, ambas creaciones presentan algunas limitaciones que tienen que ver con el manejo de la figura del esclavo y la esclava negra que tanto Gómez de Avellaneda como Crafts intentan abordar respectivamente. Como se verá, la crítica ha afeado el modo en que ambas autoras, si bien siguiendo tradiciones distintas, anteponen el romanticismo, en el caso de Sab, y la persecución de un estatus social y de una identidad nacional, en el caso de *The Bondwoman's Narrative*, relegando el tema del antiesclavismo a un segundo plano que solo sirve como excusa para enmarcar los avatares personales de los respectivos protagonistas a favor de una redención nacional. Por último se verá como en ambas novelas el tema de la religión y la espiritualidad desempeña un papel sociopolítico importante pues les sirve a los protagonistas y demás personajes para reivindicar su subjetividad.

El estilo literario de *Sab* dialoga, en el sentido bajtiniano del término, con *The Bondwoman's Narrative*, demostrándose así como la escritura femenina de mediados del siglo XIX puede, también, llegar a entenderse mediante una intertextualidad transcultural que enhebra las preocupaciones de dos culturas a las que une la mancha de la esclavitud. De ello se colige, al mismo tiempo, cómo las mujeres norteamericanas eran plenamente conscientes de que la lucha contra el sistema esclavista pendía del mismo hilo que la lucha por la emancipación femenina. Con sus dos novelas, tanto Gertrudis Gómez de Avellaneda como Hannah Crafts constataron que las preocupaciones sociopolíticas de desigualdad y racismo fueron, también, un tema femenino.

2. Romance gótico y sentimentalismo político

Cualquier lector/a avezado en la literatura producida por mujeres en el siglo XIX será capaz de discernir el legado de la literatura sentimental tanto en *Sab* como en *The*

Bondwoman's Narrative. Esto es así porque durante dicho período la sentimentalidad era el reducto sociocultural que podía adscribirse a la experiencia femenina de una manera directa y nada sospechosa. La literatura sentimental fue, también, la expresión literaria que gozó de más popularidad en la América decimonónica permitiendo a las mujeres participar en el terreno sociocultural y político para ensalzar, y promover, el cultivo de la sensibilidad, la glorificación de la virtud, la defensa de la vida familiar, el resurgir de la espiritualidad y la religión o la búsqueda, en gran medida quimérica, de una sociedad utópica.

Es, pues, en este contexto y este marco cultural en el que nuestras dos escritoras se enfrentan a la creación literaria de un tipo de literatura específicamente femenina. Tanto Gertrudis Gómez de Avellaneda como Hannah Crafts heredaron y se apropiaron de los modelos literarios sentimentales de dicho metagénero para crear una historia que diera cuenta de las realidades que sus respectivas sociedades vivían. Siguiendo las técnicas temáticas y los tropos literarios de las novelas precursoras del género sentimental, como *Pamela o la virtud premiada* (1740) de Samuel Richardson, *La nueva Heloísa* (1761) de Jean-Jacques Rousseau, *Los sufrimientos del joven Werther* (1774) de Johanne Wolfgang von Goethe o *Atala* (1801) de François René de Chateaubriand, Gómez de Avellaneda y Crafts dan una vuelta de tuerca al sentimentalismo para recrear una historia que se ajuste a sus querencias nacionales.

Tal y como apunta Ramiro Esteban, “el metagénero sentimental fue un reflejo de la realidad social latinoamericana del momento, es decir la búsqueda de independencia de las naciones hispanoamericanas” (2007: 84). No es esta una cuestión baladí puesto que uno de los escollos que las dos escritoras han encontrado ha sido el de la pertenencia o no a un género nacional y, por tanto, a la participación directa en sus respectivas sociedades. El caso de Gertrudis Gómez de Avellaneda, o Tula como se la conoció familiarmente, es verdaderamente significativo y encuentra, como veremos, ecos en la experiencia de la verificación de Hannah Crafts.

Del mismo modo que Esteban une la tradición sentimental con un modo específico de entender la nación, Núria Girona Fibla afirma que el “debate sobre la cubanidad o la

hispanidad de Avellaneda se inscribe en un contexto que va más allá del estricto criterio literario y que en este momento coincide con las ideologías independentistas” (Girona Fibla 2008: 164). El juego perverso referente a la hibridez de Avellaneda, nacida en Cuba pero con una experiencia vital mayoritariamente española, no fue sino una añagaza para poner en duda sus dotes literarias e incluso su feminidad. Famoso es ya el lacerante exabrupto con el que Bretón de los Herreros se refirió a la escritora cubana: “¡¡¡ Es mucho hombre esta mujer!!!”. Y es que, como señala Girona Fibla, “(e)n este juicio, la ‘gallardía’ sobrepasada de lo femenino redundaba en la falta de cubanidad” (2008: 165). Sin embargo, Avellaneda se esfuerza en crear una novela de corte sentimental con un gran aroma a Cuba. Aunque escrita en España, *Sab* se configura como una novela sentimental en un contexto que rezuma la influencia de ambientes cubanos y que pretende tomar parte no sólo en el modelo de independencia de la isla sino en el debate social que debía configurar una sociedad igualitaria una vez superado el colonialismo. El cuestionamiento que sufrió Avellaneda tras la publicación de *Sab* resuena en la sospecha autorial que pende sobre Hannah Crafts desde que en 2002 el reputado profesor Henry Louis Gates Jr. descubriera el manuscrito de su obra y la editara un año después. Las pesquisas por demostrar que la novela fue realmente escrita por una esclava negra a mediados del siglo XIX han sido arduas y harto sospechosas para algunos críticos como Nina Baym o Thomas C. Parramore. Katherine E. Flynn defiende, sin embargo, que el cuestionamiento de la autoría de Crafts responde al hecho de que fuera una esclava negra –y, por tanto, mujer– la artífice de una historia literariamente impecable.

A pesar del enorme empeño del reputado experto, *The Bondwoman’s Narrative* sigue siendo una obra difícil de calificar y clasificar –entre una novela o una narración de esclava– y cuya autoría –¿pudo una esclava afroamericana alcanzar semejante destreza literaria imitando e interiorizando las lecturas de sus amas?– es más que discutible³. Ahora bien, tal y como se ha apuntado, lo que no deja lugar dudas es la adscripción de sendas novelas al género sentimental. Al igual que en *Sab*, la novela de Crafts sigue los

³ En septiembre de 2013 el rotativo *The New York Times* llevaba en primera página un artículo que explicaba como el profesor Gregg Hecimovich había encontrado suficientes datos para cerciorar que, efectivamente, Hannah Crafts había existido y era la autora real de *The Bondwoman’s Narrative*. Los hallazgos y pruebas definitivas aparecerán en un volumen que, en principio, se titulará *The Life and Times of Hannah Crafts* y que verá la luz en 2017.

pasos románticos del sentimentalismo decimonónico para dar cuenta de un proyecto nacional en el que las mujeres –en este caso, además, las mujeres negras– puedan (re)construir la historia con los elementos culturales a su merced. Más allá de la hibridación, la negociación identitaria y las contradicciones de sus autoras, las dos novelas pueden ser categorizadas como románticas. Se demuestra así como, aunque *Sab* se escribió en 1841 y *The Bondwoman's Narrative*, en principio, en 1857, los ecos e interferencias transculturales y transnacionales son más que evidentes. De entre los elementos románticos que se acentúan en las dos obras cabe destacar, en primer lugar, el papel de la naturaleza. Concebida, en ciertas ocasiones y como corresponde al metagénero sentimental, como un elemento gótico, la naturaleza no solo enmarca la historia en un contexto propio sino que sirve para amenizar, y a menudo prefigurar, el hilo argumental de la narración. En ambas historias la naturaleza es algo más que un elemento estético por donde acontecen los avatares de los protagonistas sino que, muy a menudo, adquiere connotaciones epistemológicas con el fin de exponer al lector a un determinado contexto pensado tanto en contexto nacional como personal. Así, *Sab* abre la narración con una detallada descripción de los campos cubanos por donde avanza Enrique Otway en dirección a las tierras de Bellavista. La descripción de la naturaleza es típica del tratamiento romántico en el que “la escenografía exótica, para un lector europeo, ocupa un destacado lugar” (Servera 2013: 80):

El sol terrible de la zona tórrida se acercaba a su ocaso entre ondeantes nubes de púrpura y plata...Bandadas de golondrinas se cruzaban en todas las direcciones buscando su albergue nocturno y el verde papagayo con sus franjas de oro y grana, el cao de un negro nítido y brillante, el carpintero real de férrea lengua y matizado plumaje, la alegre guacamaya, el ligero tomeguín, la tornasolada mariposa y otra infinidad de aves indígenas, posadas en las ramas del tamarindo y del mango aromático, rizando sus variadas plumas como para recoger en ellas el soplo consolador del aura. (Avellaneda 2013: 102-103)

Un paisaje romántico por antonomasia descrito a base de extremos y en el que destaca la exuberancia autóctona de ciertas especies vegetales y animales que pretende exhibir una cosmovisión cubana que, como apunta acertadamente José Servera, “parece

anticipar la técnica modernista de la novela de tema americano” (2013: 81). Como ya hemos advertido, la naturaleza romántica que puebla las páginas de la novela también se erige en elemento catalizador de las emociones y estados de ánimo de los protagonistas y deviene, de este modo, en el paradigma psicológico que presagia la tragedia. Por ello, cuando *Sab* descubre los verdaderos y espúreos intereses de Enrique por Carlota, la naturaleza revela las intenciones del antihéroe romántico a través de símbolos inequívocos:

Hacía un calor sofocante que ninguna brisa temperaba; la atmósfera cargada de electricidad pesaba sobre los cuerpos como una capa de plomo: las nubes...eran de un pardo oscuro con bandas de color de fuego. Ninguna hoja se estremecía, ningún sonido interrumpía el silencio pavoroso de la naturaleza...Dos relámpagos brillaron con cortísimo intervalo seguidos por la detonación de dos truenos espantosos... (Avellaneda 2013: 131-132).

Asímismo, en *Cubitas*, donde se respira el aroma de perfidia que atenaza los sentimientos entre Enrique y Carlota, el romanticismo de la naturaleza autóctona se tiñe de tintes góticos para, de nuevo, señalar los estados de ánimo de la pareja así como la denuncia del genocidio indígena en boca de Martina: “A medida que se aproximaban a *Cubitas* el aspecto de la naturaleza era más sombrío: bien pronto desapareció la vigorosa y variada vegetación de la tierra prieta, y la roja no ofreció nada más que desparramados yuruguanos, y algún ingrato jagüey” (Avellaneda 2013: 165).

El uso de la naturaleza como elemento romántico a través del tapiz gótico es una de los recursos que también utiliza Hannah Crafts para moldear su historia. En este caso, y al igual que ocurre en *Sab*, la protagonista recrea paisajes que atrapan o liberan tanto psicológica como socialmente. Si en *Cubitas* la naturaleza demostraba el advenimiento de un sufrimiento sentimental, en *The Bondwoman's Narrative* la plantación Lindendale, donde reside la esclava afroamericana que narra la –¿su?– historia describe el ambiente tétrico de la Norteamérica decimonónica ya que se encuentra entre “sombras que se mueven” por “ramas sin hojas” mecidas por un “viento impetuoso” que guarda un “tono

ominoso en su zumbido” (Crafts 2002: 20)⁴. Al igual que en la novela de Avellaneda, el cielo irrumpe en la historia para traer malas noticias a la plantación. Así, a la llegada del Sr. Trappe, el villano romántico de la narración, los malos augurios son precedidos por un “viento ascendente” que “gemía con fuerza entre el tilo” y al que acompaña una lluvia que golpea con fuerza el “tejado con el temido y embotado chirrido que presagiaba infortunio a la casa” (Crafts 2002: 29). Como se puede colegir, los tonos góticos que describen la naturaleza son mucho más que un elemento romántico. En ambas novelas se erigen como conciencia social que guía al lector a un estado anímico concreto: de denuncia, de queja, de desazón y, por ende, exhorta a un despertar de conciencia colectivo. En este sentido, tal y como afirma Kari Winter, tanto Avellaneda como Crafts “representan la naturaleza no como un objeto inane que puede ser aprehendido sino como una fuerza trascendental que se alza más allá de los designios del hombre” (1992: 131).

El mal presagio y la decadencia material de una sociedad corrompida económicamente se depositan a través del tropo del rayo que destroza el árbol. En la novela de Avellaneda, cuando Enrique y Sab viajan hacia Puerto Príncipe son sorprendidos por un rayo que golpea el árbol donde se refugia el antihéroe de la historia. El árbol se parte rompiendo el freno con el que Enrique intentaba detener a su caballo. El desenlace se torna en tragedia y el resultado es que el joven “perdió la silla y fue a caer ensangrentado y sin sentido en lo más espeso del bosque” (Avellaneda 2013: 136). Igualmente en *The Bondwoman’s Narrative* Crafts deposita el maleficio de Rose, la vieja esclava torturada por desobedecer al Sr. Clifford, y proyectado en el tilo que ha sido partido en dos por un rayo y donde ella es colgada hasta morir. La grieta que parte el árbol, señal romántica de vida, desencadena la tragedia y ejemplifica como es “el salvajismo del blanco” el que se esconde detrás de la “maldición fundacional de la nación” (Cutter 2013: 124). En Sab, el salvajismo económico de Enrique es inversamente proporcional a la bondad romántica del esclavo mulato que lo salva de una muerte casi segura con el único objetivo de satisfacer a su amada y sentirse apreciado por ella. El árbol agrietado, en cuanto elemento de connotaciones fálicas quebrado, se convierte en

⁴ Mientras no se indique lo contrario las traducciones del inglés al español de las citas son responsabilidad del autor del artículo.

ambas narraciones en un subversivo ataque a las sociedades patriarcales a las que las dos autoras pretenden hacer llegar sus historias. Las sociedades esclavistas se sustentan a través del dominio de los esclavos y de las mujeres y, a través de la deconstrucción de un elemento fálico que vaticina un cataclismo, Avellaneda y Crafts medran deliberadamente sobre un proyecto nacional específico.

Ahora bien, la adhesión de *Sab* y *The Bondwoman's Narrative* al género sentimental tiene que ver, mayoritariamente, con las relaciones interpersonales de los personajes y que las autoras crean para proyectar una emociones que puedan atraer a los lectores a discernir los afectos y defectos de una sociedad esclavista y, sobre todo, machista. El principal triángulo amoroso en *Sab* es el que reúne el amor y el desamor entre el esclavo mulato, Carlota y Enrique Otway. Más que tratarse de una novela antiesclavista, ya que, como veremos más adelante, la esclavitud de *Sab* es la excusa primigenia para dejar entrever las desigualdades sociales y de género de la América decimonónica, *Sab* es primordialmente una novela sobre (des)amor. Tal y como explica José Servera “(l) a fuerza motriz de la obra es poseer un alma sensible, ideal romántico, ya que las pasiones enaltecen al ser humano” (2013: 49). *Sab* idolatra a Carlota que no lo ama sino que está enamorada de Enrique quien, a su vez, no ama a Carlota sino a su supuesta fortuna. Se cierra así un triángulo de pasión, amor y desamor a través del cual Avellaneda presenta las distintas subjectividades de una sociedad compleja y en continuo cambio. La pasión sentimental es la que mueve a los personajes a actuar de una u otra forma y, por tanto, configura su rol como agentes sociales. En palabras de Núria Girona Fibla la experiencia del amor se presenta “como debilidad y como fuerza, como enaltecimiento y postración, como una vivencia individual por encima de los convencionalismos, las alianzas de clase o privilegios de una formación pero a la vez como una experiencia en el límite de lo social” (2008: 187). No es este proceder otra cosa que “contar el amor y contar la nación” (Girona Fibla 2013: 133).

Carlota, mujer criolla que se enamora de la figura –antihéroe romántico– del colonizador europeo padece los estragos de amar tan intensamente, esto es, tan románticamente: “¡Ah! si no es general esta terrible facultad de amar y padecer, ¡cuán cruel privilegio me has concedido!...Porque es una desgracia, es una gran desgracia sentir

de esta manera” (Avellaneda 2013: 133). La virtud que se presupone en Carlota como hija criolla de la isla se contrapone a la frialdad y materialismo –que desembocarán en el liberalismo económico que sojuzgará a la isla en años posteriores– de Enrique. La manipulación sentimental de Enrique para con Carlota se equipara con la manipulación y exterminio cultural que los europeos perpetraron en América. Así lo expresa una sentimental Carlota en un exordio que amalgama la admisión de la esclavitud, la voz de los criollos que fueron testigos de la extirpación cultural a la que las y los indígenas cubanos fueron sometidos a manos de los precursores de Enrique y la reivindicación y reconocimiento de dichos indígenas que poblaron Cuba en primer lugar:

lloro sí al recordar una raza desventurada que habitó una tierra que habitamos, que vio por primera vez el mismo sol que alumbró nuestra cuna, y que ha desaparecido de esta tierra de la que fue pacífica poseedora. Aquí vivían felices e inocentes aquellos hijos de la naturaleza: este suelo virgen no necesitaba ser regado con el sudor de los esclavos para producirles: ofrecíales por todas partes sombras y frutos, aguas y flores, y sus entrañas no habían sido despedazadas para arrancarle con mano avara sus escondidos tesoros. (Avellaneda 2013: 169)

Así pues, a través del sentimentalismo, Avellaneda vehicula una denuncia social que dista mucho de ser ingenua. Aunque Carlota, y su desmesurado amor por Enrique, representa el paradigma romántico por antonomasia, Avellaneda traza una diferencia moral y ética entre amor y conveniencia que sirve para dibujar, entre líneas, su ideal social. Del mismo modo, se representa a Sab, un esclavo mulato, digno de las más excelsas cualidades éticas, morales y, por supuesto, sentimentales. Su amor por Carlota no solo demuestra que Sab puede amar sino que, además, es digno de ser amado, tal y como reconoce Teresa: “No...no debías haber nacido esclavo...el corazón que sabe amar así no es un corazón vulgar” (Avellaneda 2013: 224). Gómez de Avellaneda perfila un esclavo con sentimientos, verdadero héroe romántico de la novela que sacrifica su amor por ver a Carlota plenamente feliz con su amado. Además, Sab, un subalterno en términos de Spivak, en una sociedad esclavista, es el responsable de desenmascarar la fatuidad romántica que ciega a Carlota y se demuestra así mismo como el verdadero héroe y valedor social. La pasión irracional que jalona los discursos románticos sirve, esta vez,

para poner en la palestra el error social que conllevan unos sentimientos abocados al fracaso: “Ese ser no tiene nombre, no tiene casi una forma positiva, pero se le halla en todo lo que presenta grande y bello la naturaleza...Las ilusiones de un corazón ardiente son como las flores del estío: su perfume es más penetrante pero su existencia más pasajera” (Avellaneda 2013: 122).

En *The Bondwoman's Narrative* Hannah Crafts presenta un red de relaciones sentimentales que, como ocurre en *Sab*, atestiguan la sentimentalidad como elemento catalizador de una conciencia social emergente. Cuando se revela que la señora Clifford es realmente mulata –pues, pese a su desconocimiento, es hija de una esclava mulata– la narradora de la historia la impele a abandonar la plantación para evitar que sea transformada en esclava. Sin embargo ella solo atiende a musitar: “Mi marido...¿cómo podría permitirme decepcionarlo tanto?” (Crafts 49). Sin embargo es ese marido por el que ella sufre el que, siendo el dueño de la plantación, la incluiría en su lista de esclavas. De nuevo aquí, la virtud sentimental femenina trasciende un sistema esclavista inmisericorde con cualquier atisbo de hibridez. Además, el interés espúreo también aparece en la novela de Crafts en la figura, como ocurre en *Sab*, del antihéroe Sr. Trappe. Consciente de que su amor con la Sra. Clifford es imposible porque ella no lo ama, no solo se encarga de revelar el pasado racial de la dueña de Hannah Crafts sino que, además, se erige en la figura de su destructor psíquico y físico. Es, pues, el reverso de *Sab* tal y como atestiguan las palabras cargadas de rencor e ira que le espeta a la Sra. Clifford: “Pero yo deseaba verla humillada a mis pies que yo había estado a los suyos. Deseaba que se sintiera al borde del precipicio, y saber que mi mano podía empujarla hacia la destrucción o brindarle la salvación” (Crafts 2002: 99). El chantaje evidente demuestra las intenciones reales de Trappe que, en la antítesis del amor de *Sab* por Carlota, no aceptando que su deseo no sea correspondido aboga por la destrucción, y no por la felicidad del ser amado. El tristemente clásico: mía o de nadie. El interés espúreo se torna en desastre y muerte en *The Bondwoman's Narrative* y, de nuevo, ofrece al lector la posibilidad de apercibir la parte oscura y perversa que contorna la ideología de un sistema que desmenuza la igualdad y se sustenta en el patriarcado.

Aunque a la literatura de corte sentimental producida por mujeres en el siglo XIX se le ha atribuido una cierta validez como exponente de una determinada realidad histórica, lo cierto es que la crítica ha acusado a dichas escritoras de crear una “cultura de los sentimientos” que las convierte en “manipuladoras de una realidad que convirtieron en amasijo onírico digerible para el público lector” aunque, al mismo tiempo, emergen “como agentes de una inevitable racionalización de un injusto orden económico imperante” (Manuel 1997: 76). A estas consideraciones cabe añadir que mediante el recurso del sentimentalismo tanto Avellaneda como Crafts también intervienen en el debate público a la hora de construir una nueva sociedad independiente, justa y democrática. La sentimentalidad interpela a la conciencia social y crítica del lector/a y demuestra así la aseveración de Ramiro Esteban cuando estima que “las obras sentimentales serían catalizadores sociales de la conducta de los individuos en el marco de un programa político nacional” (2007: 88).

3. La esclavitud como excusa

Una de las cuestiones más espinosas tanto en *Sab* como en *The Bondwoman's Narrative* es la política racial que las gobierna. Más concretamente la noción del esclavo/a que ambas novelas presentan. Aunque la novela de Avellaneda fue considerada como abolicionista desde el momento de su publicación y el relato de Crafts se erige en la primera manifestación literaria contra la esclavitud escrita directamente por una esclava afroamericana, la figura del esclavo se perfila como excusa para exponer las desigualdades sociales y de género en detrimento, en ambos casos, de las étnicas. Esto en un momento turbulento en el que la esclavitud centraba los debates sociopolíticos a los dos lados del Atlántico. Inglaterra prohibía la esclavitud en 1833 con la Slavery Abolition Act y ese mismo año la norteamericana Lydia Maria Child publicaba su folleto antiesclavista *An Appeal for that Class of Americans Called Africans*. En 1836 John H. Eastburn publicó la que, seguramente, es la primera novela estadounidense contra la esclavitud llamada *The Slave: or Memoirs of Archy Moore*, narración dictada por Richard

Hildreth. Por tanto, aunque Cuba recibiera la friolera cantidad de 467.288 esclavos africanos entre 1790 y 1865, era un hecho fehaciente que el régimen esclavista en occidente se tambaleaba.

Con una gran influencia del movimiento abolicionista norteamericano, las novelas antiesclavistas y las narraciones de esclavos entraban al mercado literario por la puerta grande. Es en este contexto en el que Gertrudis Gómez de Avellaneda escribe *Sab* y en el que Hannah Crafts empuña la pluma como arma arrojada contra la esclavitud en Estados Unidos.

Debido a su supuesta falta de cubanidad, como ya hemos apuntado, Avellaneda no formó parte del grupo de Domingo Belmonte⁵ quien, siendo un acérrimo defensor del abolicionismo, vehiculó a través de la literatura su crítica contra la esclavitud. Sin embargo, tal y como afirma José Servera, la crítica señala a *Sab* como “la primera novela en español en la que se denunciaba esta práctica [la esclavitud] y se adelantaba a *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher Stowe, publicada en 1851” (2013: 50). En efecto, las concomitancias entre la novela de Avellaneda y *La cabaña del tío Tom*, hito literario indiscutible en la historia cultural de los Estados Unidos, son más que evidentes teniendo en cuenta la configuración sentimental que hacen del esclavo negro. Si ser un “tío Tom” es un insulto a la masculinidad afroamericana contemporánea debido al tratamiento pasivo y excesivamente sentimental con el que Beecher Stowe moldeó al esclavo negro, *Sab* sigue la misma senda de supeditación a la bondad femenina caucásica y termina, como el viejo Tom, muriendo como redentor y valedor de la mujer blanca. Una lectura atenta de ambas creaciones manifiesta, pues, una clara defenestración de las categorías raciales frente a las de género. Igualmente, en *The Bondwoman’s Narrative*, la esclavitud es la excusa perfecta para abogar por el ascenso social de las mujeres y, en segundo plano,

⁵ En torno al crítico literario Domingo del Monte surgieron en Cuba una pléyade de escritores antiesclavistas que abordaron el tema de la esclavitud con un corte realista, aunque pro-liberal, que distaba bastante de la pátina romántica que presenta del tema Gómez de Avellaneda. Entre los autores del grupo de del Monte se puede citar a Anselmo Suárez, Antonio Zambrana, Félix Tanco, Cirilo Villaverde o Juan Francisco Manzano. De hecho, el propio del Monte fue quien convenció al esclavo mulato Manzano para que redactara su autobiografía, Juan Francisco Manzano: *Autobiografía de un esclavo*, que se publicaría años más tarde en Inglaterra.

por la inclusión de los afroamericanos en la vida pública. La esclavitud queda relegada a una sombra que sólo bordea el texto.

Aunque ambas novelas presentan una estructura que se asemeja a las de las narraciones de esclavos: un prefacio de justificación dirigido directamente al lector/a y un epílogo final (o conclusión para Avellaneda) que encuadran el texto, lo cierto es que tanto la historia que cuenta Avellaneda como la narración de Crafts distan mucho del proceder de los esclavos al abordar el tema del racismo esclavista en sus testimonios literarios. En *Sab*, la esclavitud aparece denunciada directamente por boca de Carlota y con un tono paternalista y de conmiseración que pretende ensalzar la virtud y la moral femenina más que exponer lo pernicioso del sistema:

–¡Pobres infelices!– exclamó–. Se juzgan afortunados porque no se les prodigan palos e injurias, y comen tranquilamente el pan de la esclavitud. Se juzgan afortunados y son esclavos sus hijos antes de salir del vientre de sus madres, y los ven vender luego como a bestias irracionales...¡A sus hijos, carne y sangre suya! Cuando yo sea la esposa de Enrique...ningún infeliz respirará a mi lado el aire emponzoñado de la esclavitud. Daremos libertad a todos nuestros negros. (Avellaneda 2013: 146)

Aunque entre esos infelices está *Sab*, lo cierto es que Avellaneda presenta a un esclavo refinado, leído, empático, atento...emocional. Es precisamente por sus emociones por Carlota por lo que *Sab* se acerca al mundo blanco aunque será por sus sentimientos por los que también, como buen héroe romántico, acabe muriendo. Como comenta, acertadamente, Servera “(l)a igualdad que propugna Avellaneda es por medio de los sentimientos” (2013: 51). Una sentimentalidad que termina por sepultar el antiesclavismo pues aunque *Sab* es liberado dos veces, tanto por Carlota como por su padre –el verdadero dueño del mulato– el héroe de la novela rehúsa su libertad por permanecer cerca de su amada. Este mismo episodio se vive en la novela de Hannah Crafts. Cuando se ha resuelto el misterio que revela que la Sra. Clifford es en realidad una mujer mulata, decide escapar de la plantación con Crafts a su lado e informa a la protagonista: “Ya no me llames ama. Desde ahora serás como mi hermana” (Crafts 2002: 48). Sin embargo, Hannah Crafts

seguirá llamándola ama y rindiéndole lealtad hasta el momento de su muerte. Más adelante en la historia, cuando viaja en carro con su nuevo amo Saddler, sufre un accidente en el que ella es la única superviviente. Al ser encontrada por una familia blanca deshecha la posibilidad de presentarse como una negra libre con el fin de ser parte de la corte de esclavos de la tal señora Henry, quien se muestra excesivamente cariñosa con Crafts y hace gala de una solidaridad femenina que la esclava necesita. De nuevo, como en Sab, el esclavo/a supedita el amor y el cariño a la libertad. Esta idealización de la esclavitud, que responde a las necesidades románticas en ambas novelas, demuestra que para Avellaneda y para Crafts la esclavitud es la excusa a través de la cual tejer una historia donde las reivindicaciones de género sean las protagonistas.

Otra de las características que une a las dos novelas es la percepción que tanto Sab como la protagonista de *The Bondwoman's Narrative* tienen de los esclavos negros. Caracterizados como seres superiores a sus hermanos y hermanas de raza, Sab y Crafts admiten los postulados racistas que sus sociedades cultivan y los proyectan en sus observaciones sobre la realidad que los envuelve. De este modo, si Enrique Otway describe al mulato en términos que se alejan de las características del esclavo negro, pues según él Sab “(n)o tiene nada de la abyección y grosería que es común en gentes de su especie; por el contrario, tiene aire y modales muy finos y aún me atrevería a decir nobles” (Avellaneda 2013: 128), el propio esclavo se lamenta a Teresa y culpa a su naturaleza étnica de la imposibilidad de ser correspondido por Carlota: “¡Entonces recordé que era vástago de una raza envilecida!” (Avellaneda 2013: 206). Más adelante y totalmente abatido por la tristeza del rechazo, Sab asume las teorías eugenistas que postulan el salvajismo de los hombres negros o, más acertadamente en este caso, de los cimarrones:

Si al menos los hombres blancos, que desechan de sus sociedades al que nació teñida la tez de un color diferente, le dejasen tranquilo en sus bosques, allá tendría patria y amores...porque amaría a una mujer de su color, salvaje como él, y que como él no hubiera visto jamás otros climas ni otros hombres, ni conocido la ambición, ni admirado los talentos. Pero ¡ah!, al negro se rehúsa lo que es concedido a las bestias feroces. A quienes le igualan; porque a ellas se las deja vivir entre los montes donde nacieron y al negro se le arranca de los suyos. (Avellaneda 2013: 219)

Como vemos, Sab acepta el arquetipo social y literario del esclavo negro como un escollo social que no puede equipararse al hombre blanco. Pero su queja no se centra en los motivos sociopolíticos que cercenan las oportunidades a los negros sino en el obstáculo que ello supone para que su amor pudiera ser correspondido por Carlota. Se produce así lo que el poeta y crítico afrocanadiense Wayde Compton ha acuñado como fenetización en su colección de ensayos *After Canaan: Essays on Race, Writing, and Region*. En dicho proceso el foco racial transmuta del observado al observador que tiene que discernir las cualidades étnicas por sí solo en base a las similitudes o diferencias. El lector no debe solo leerse a sí mismo a través del texto, como decía Barthes, sino que, mediante el cambio de percepción racial debe participar en la construcción específica de un tipo de sociedad concreta. En este caso, la fenetización con la que se lee a *Sab* lo sitúa fuera del espectro del esclavo negro y borra, así, cualquier resquicio de reivindicación étnica. Incluso la voz narradora exhorta al lector a componer su visión étnica del esclavo y para ello se reconoce incapaz de categorizarle: “No parecía un criollo blanco, tampoco era negro ni podía creérsele descendiente de los primeros habitantes de las Antillas. Su rostro presentaba un compuesto singular en que se descubría el cruzamiento de dos razas diversas...los rasgos de la casta africana con los de la europea...” (Avellaneda 2013: 194). La indefinición racial no juega a favor de la denuncia contra la esclavitud, más bien describe de forma romántico-trágica el destino de los esclavos mulatos. En *Sab*, la liminalidad étnica y nacional conlleva pues a la tragedia.

En la novela de Hannah Crafts se observa el mismo comportamiento por parte de la protagonista. A pesar de ser –supuestamente– una esclava fugitiva, presenta unas dotes intelectuales y unos modales superiores a los de cualquier esclava afroamericana en sus mismas condiciones. Sabe leer y escribir y, a menudo, intercede por sus amas al poseer mayor inteligencia que ellas. Cuando su segunda ama, la Sra. Wheeler, la envía a comprar polvos para la cara, Crafts se equivoca –¿o es un acto deliberado?– y le suministra unos polvos que le ennegrecen el rostro. Humillada por semejante ultraje social, pues todos asumen que se trata de una mujer negra, la Sra. Wheeler castiga a Hannah. La fenetización es perfecta pues, en unos instantes una mujer pasa de ser blanca a ser negra según la

percepción ajena. Igualmente, en el momento en que es castigada a casarse con un esclavo negro de la plantación, Crafts decide escapar ya que nunca piensa vivir con los esclavos de la plantación a los que describe, al igual que hace Sab, como seres salvajes e inferiores: “lo más terrible de toda esta condena fue asociarme con los infames, repugnantes y sucios habitantes de las cabañas, y ser condenada a recibir a uno de ellos como esposo hizo a mi alma revolverse con un horror inenarrable” (Crafts 2002: 205). De nuevo, es el lector quien, mediante el recurso de la fetitización, hilvana las diferencias entre Crafts y los demás esclavos. Como ya vimos con Sab, ella misma se excluye de la solidaridad que puede engendrar una reivindicación étnica para el progreso. Aunque la esclavitud late en los relatos de las dos autoras no se presenta como un espejo cuyo reflejo debe ser denunciado sino más bien adquiere una textualidad que configura una estrategia narrativa para alcanzar un tipo de meta social y nacional específico.

Si bien Sab muere al final, Carlota consigue casarse con Enrique Otway y su feminidad se ve reconfortada a expensas de la bondad del esclavo. Hannah Crafts consigue también escapar gracias, en parte, a la ayuda de dos hermanos esclavos fugitivos y también consigue casarse y vivir en Nueva Jersey libre de la esclavitud y consagrada al cultivo familiar en un proceso completo de su feminidad y americanidad. Tal y como han señalado algunos críticos, como Albin (2002) o Pastor (2002), en *Sab* la situación de esclavitud se engarza con la situación de la mujer en el siglo XIX para demostrar las desigualdades de género en el discurso y en el ámbito social⁶ y en *The Bondwoman's Narrative*, la adhesión a un proyecto nacional concreto es el único fin de la esclava, como señalan Baym (2004) o Bloom (2002). La condena de la esclavitud en ambas novelas es, simplemente, un telón de fondo.

4. Epistemología espiritual y redentora

La religión y la espiritualidad son agentes decisivos en la creación de los personajes

⁶ Si bien es cierto que en Sab Gómez de Avellaneda centra más su atención en la desigualdad de la mujer que en la denuncia de la esclavitud, será en su segunda novela, *Dos mujeres* (1842-1843), donde la denuncia social de la situación de la mujer se haga más explícita y sea más elaborada.

principales tanto de *Sab* como de *The Bondwoman's Narrative*. El componente espiritual del sufrimiento cristiano moldea el discurso de redención y triunfo que encierran ambas novelas. Si bien desde una perspectiva diferente, ya que en la novela de Avellaneda el sufrimiento cristiano se entiende desde un prisma católico –y por ello termina en desastre– mientras que la obra de la esclava afroamericana presenta el cristianismo desde una ética nacional protestante y adopta los ecos de superación epistemológica –y, como tal, termina con un mensaje de superación y de forma positiva.

Sab aparece desde el inicio del relato como el mártir católico dispuesto a perecer por satisfacer las pretensiones de su ser querido. El amor –desmesurado– que siente por Carlota se reviste de trascendencia espiritual de tal manera que, al final de la obra, Teresa equipara la figura de Sab con la de Cristo: “Tú has poseído sin conocerla una de esas almas grandes, ardientes, nacidas para los sublimes sacrificios, una de aquellas almas excepcionales que pasan como exhalaciones de Dios sobre la tierra” (Avellaneda 2013: 261). En efecto, su pasión desbordante lo convierte en mártir por amor e incluso le lleva a sacrificar sus bienes –renuncia al premio de la lotería– en pos de la felicidad de su amada. Como contrapunto, la familia Otway, con el patriarca al frente y descrito como “católico, apostólico, romano y educado a su hijo en los ritos de la misma iglesia” (Avellaneda 2013: 122) aparece como un materialista sin trascendencia espiritual que, al final, no alcanza la gloria de reconocimiento puesto que su mujer se desenamora de él y la novela termina sin ofrecer ninguna noticia de su paradero. En cambio Sab, el héroe romántico, excede su importancia vital para convertirse en el modelo de virtud espiritual y de redención pura puesto que “(e)l amor y el dolor elevan el alma, y Dios se revela a los mártires de todo culto puro y noble” (Avellaneda 2013: 269). A través del amor por Carlota Sab adquiere una virtud espiritual que le confiere un estatus de héroe que trasciende la vida pues ve reflejado en su amada su altitud moral. Tal y como detalla Carlos Alberto Cacciavillani (2015: 161) “(e)lla es para Sab una criatura de espíritu superior a través de la cual, Sab cree acercarse a Dios, rehusando los intermediarios oficiales”. Así, Avellaneda recurre a un episodio bíblico para dotar el martirio de Sab de una eternidad que planeará en la vida de Carlota: “los hombres llevarán un sello divino, y el ángel de la poesía radiará sus rayos sobre el nuevo reinado de la inteligencia”

(Avellaneda 2013: 272). La inteligencia le llega a Carlota entonces pues, al final del relato, descubre quién es realmente su marido y decide dejar de amarlo. El sacrificio de Sab, como el de Cristo, no ha sido en balde. La figura del mártir espiritual que muere en un ejercicio de redención resuena de un modo similar en el relato de Hannah Crafts. Cuando la Sra. Clifford se reconoce como negra y acepta que ella misma es víctima del sistema esclavista que su marido ha enaltecido, su misión se cumple y ella se prepara para la muerte. Como Sab, su figura es equiparada al martirio de Cristo y así lo atestiguan las últimas palabras que le dedica a la heroína del relato: “Que el señor os bendiga y os ayude” (Crafts 2002: 100). Son, sin duda, palabras que tienen un eco directo con las que espeta Jesús para lamentar su desdicha antes de morir, tal y como se recogen en Lucas 23:34. El hecho de que la esposa del dueño de la plantación pase a ser una mujer negra y muera a favor de la denuncia del trato dispensado a los afroamericanos es, sin duda, la misión redentora que define a la Sra. Clifford. Ahora bien, tanto en Sab como en *The Bondwoman’s Narrative* la religión también sirve como fuente de apoderamiento. En este sentido, Teresa y Hannah Crafts son el ejemplo de cómo la religión y la espiritualidad configuran una epistemología de autoafirmación que se manifiesta en una autonomía femenina dirigida a la superación personal.

Siendo la figura femenina que se mueve a la sombra de Carlota y que representa la derrota por antonomasia –carece de familia, es menos atractiva que su amiga, se enamora de Enrique y éste elige a Carlota y llega hasta ser rechazada por el esclavo mulato– Teresa encuentra en la religión su fuente de poder. Hacia el final de la narración ingresa en un convento donde realmente se autodescubre y se manifiesta, por primera vez, fuerte y segura. A través de su espiritualidad Teresa se posiciona al frente del relato para abrir los ojos de Carlota. Esto es así ya que:

Teresa había alcanzado aquella felicidad tranquila y solemne que da la virtud. Su alma altiva y fuerte había dominado su destino y sus pasiones, y su elevado carácter, firme y decidido, la había permitido alcanzar esa alta resignación que es tan difícil a las almas apasionadas como a los caracteres débiles. (Avellaneda 2013: 258)

Nunca antes en el relato se había mostrado a Teresa “fuerte y altiva” ni con un “elevado carácter, firme y decidido”. La religión la redefine justo en el momento en el que debe esclarecer la verdad para poder morir en paz. La redención cristiana se cumple con precisión y permite a Teresa responder a las preguntas que habían quedado suspendidas al final del capítulo segundo: “¿Merecía Enrique una pasión tan hermosa? ¿Participaba de aquel divino entusiasmo que hace soñar un cielo en la tierra?” (Avellaneda 2013: 118).

Con ecos divergentes, como hemos advertido y debido a que el cristianismo en Estados Unidos va ligado a la ética calvinista de superación, la religión que empodera a Hannah Crafts le ayuda a conseguir su meta de llegar a ser una ciudadana negra libre. En un contexto en el que el renacimiento evangelista rebrotaba en Estados Unidos en lo que se ha conocido como el Segundo Gran Despertar, la trascendencia espiritual de Hannah se reviste de gran importancia ya que, al igual que ocurre con Teresa, le abre los ojos en el momento final de su escapatoria. Rehuyendo un matrimonio forzado, y falso a los ojos de Cristo, Crafts huye de la plantación en dirección al Norte, donde se encuentra, milagrosamente y en referencia a la Providencia cristiana, con su madre y donde se casará y será feliz. La estricta moral cristiana de la esclava hace que su decisión sea compensada al final del relato. Así pues, la religión no solo empodera sino que premia a aquellos que la profesan desde una moralidad que hace gala del excepcionalismo norteamericano que define la idiosincrasia del país. La novela de Crafts pasa a engordar el canon literario que detenta un nacionalismo estadounidense que emerge de la experiencia primigenia puritana. Esto es así porque durante la era de la Revolución de las Trece Colonias (American Revolution) la literatura devino un recurso primordial para la promoción del nacionalismo. De este modo, textos canónicos que habían sentado las bases de la futura nación se convirtieron en referencia al ser puestos al servicio de la causa nacional fagocitando un cambio del canon literario norteamericano con el fin de adecuarlo a la ideología excepcionalista que definiría el carácter estadounidense y que St. John de Crèvecoeur acuñaría como la idiosincrasia nacional por antonomasia. La experiencia colonial puritana germinó, con el icónico “A Model of Christian Charity” del primer gobernador de la Colonia de la Bahía de Massachusetts John Winthrop, en el arquetipo

de un americanismo genuino y catapultó dicho sermón como texto paradigmático de los orígenes excepcionales del país dejando para el imaginario colectivo la idea de que América se equiparaba a la bíblica Ciudad sobre la Colina (City upon a Hill). La protagonista afroamericana de *The Bondwoman's Narrative* se adhiere a esta idea nacional feminizándola y por ello, cuando confiesa que ya en Nueva Jersey, con su madre, su esposo y amigos tiene una “felicidad constante” (Crafts 2002: 239) está admitiendo que el código moral y religioso que ha seguido como acto de superación y empoderamiento personal y nacional ha sido fructuoso. En este caso el sueño americano envuelto en la religión ha demostrado ser otro triunfo.

Por último, un aspecto que también aparece en ambas novelas y que es típico de los relatos que ahondan en la esclavitud es el tropo del mestizaje. Este hecho también tiene connotaciones bíblicas que lo relegan a una deficiencia social que tiene que ver con la violación de los amos blancos a las esclavas negras. Por ello, y conocido como “el pecado de los padres” en alusión a Deuteronomio 24:16, el mestizaje se equipara a un ultraje social que altera la igualdad y perpetúa la catástrofe nacional. Tanto Gómez de Avellaneda como Crafts presentan el mestizaje como un acto antinatural, contrario a la moral religiosa que salvaguarda la conciencia del país.

Tal y como preconizan Enrique y Carlota, Sab parece ser el hijo no reconocido de don Luis, hermano de don Carlos. Así pues, se infiere que el esclavo mulato es hijo de una aventura –aunque tampoco se descarta en ningún momento la violación– extramatrimonial entre un amo y una esclava negra. Sorprende la naturalidad con la que tanto Enrique como Carlota aceptan el estatus del héroe mestizo: “Según cierta relación que me hizo de su nacimiento, sospecho que tiene ese mozo, con mucho fundamento, la lisonjera presunción de ser de la misma sangre que sus amos...” (Avellaneda 2013: 128). Sin embargo, Sab sabe que su “tez negra” (Avellaneda 2013: 169) resultado de su naturaleza mestiza es la desgracia social que le ha condenado al fracaso desde su nacimiento. Así se lo expresa a Carlota en un lamento que se asemeja a la jeremiada bíblica que también desarrollará de forma magistral Hannah Crafts en su relato: “Tu que comprendes la vida y la felicidad de los salvajes, ¿por qué no naciste conmigo en los abrasados desiertos del África o en un confín desconocido de la América?” (Avellaneda

2013: 169-170). El mestizaje es un pecado que solo puede verse redimido a través de la muerte. Aunque, como afirma Núria Girona Fibla, “(l)a muerte de Sab puede ser leída como un gesto de negación del mestizaje corrupto” (2013: 136), Avellaneda no lo castiga directamente, pues al crear un héroe mestizo no hace otra cosa que poner en valor las deficiencias sociales de un sistema esclavista que viola cualquier atisbo de igualdad. De igual manera, Hannah Crafts presenta una heroína mulata que, en sí misma, es la excusa para denunciar la perversión moral del sistema. A lo largo del relato Crafts reniega a hacerse pasar por blanca –algo que puede hacer debido al color de su piel– y acepta su destino como mulata. Su férrea convicción espiritual en un cristianismo redentor la alienta a ser consecuente, como le sucede a Sab, y a seguir la senda de las buenas intenciones. El mestizaje es también aquí entendido como un pecado que se deriva de la esclavitud y, por ello, Crafts reniega de él siempre en términos religiosos: “(e)l esclavo, si él o ella desea ser consecuente, debería siempre mantenerse en el celibato” (Crafts 2002: 131). El acto sexual fuera del matrimonio –como institución religiosa– se equipara a las relaciones forzadas entre amos y esclavas que son el origen del mestizaje. Como sucede en Sab, la rectitud moral del individuo es el que lo convierte en héroe y figura nacional de referencia. Cualquier proyecto de nación no puede teñirse de identidades en conflicto. Tanto es así que la Sra. Clifford, quien no acepta su condición de afroamericana e intenta hacerse pasar por blanca, termina muriendo. Crafts parece indicar que el mestizaje y la confusión identitaria equivalen a la muerte. Por el contrario, Crafts se acepta como mestiza y delega en su fe su salvación terrenal y social. Si el mestizaje es producto de un pecado original, la salvación debe encontrarse en la adscripción espiritual a un discurso religioso que permita el reconocimiento. A través del recurso bíblico de la jeremiada, la esclava negra aparece como heroína íntegramente norteamericana. Si en *Sab* la jeremiada apunta a un lamento de desamor que excluye al esclavo mestizo en términos nacionales, en *The Bondswoman’s Narrative* la jeremiada afroamericana se dirige a una nación que debe reconocer a sus habitantes negros y, por el contrario, se enmarca en un discurso de inclusión. En contraposición al discurso del lamento en *Sab*, la adscripción de la novela de Crafts al discurso religioso que sigue la retórica de la jeremiada bíblica se encuadra en la reivindicación del pueblo afroamericano para reclamar “su completa aceptación e incorporación al credo cultural y nacional que se desprende de la fe que acompaña la

promesa de América” (Howard-Pitney 1990: 13). De este modo, y preconizando la democratización del sueño americano, Crafts remasteriza el discurso religioso con el fin de conseguir una redención nacional para la comunidad negra poniendo un especial énfasis en la situación de la mujer afroamericana. En ambas novelas, la ley de Dios emerge por encima de la ley del hombre como proceso de legitimación nacional y de género.

La trascendencia espiritual de base cristiana, o “poder pastoral” en palabras de Foucault, de ambos protagonistas les permite dibujar un horizonte nacional en el que las relaciones sociales deban interactuar de forma igualitaria y por eso rechazan taxativamente cualquier conato de exclusión. Tanto Sab como Hannah Crafts se desvelan como seres espirituales cuyo ánimo es la redención personal puesto que ésta derivará, como su rol de héroes expone, en una redención nacional que abogue por la igualdad. Esto es, el triunfo de la “civilización de la cultura espiritual vs. la barbarie de la civilización monetarista” (Lasarte 1999: 71).

5. Conclusión

Si en su ambicioso –e influyente– ensayo *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna* (1998) Antonio Benítez Rojo afirma que el estudio de la cultura afroatlántica conecta de manera asimétrica el Caribe con Norteamérica, este axioma puede ser textualmente aprehendido a través de una lectura transcultural de estas dos novelas decimonónicas que se escuchan y se comprenden entre sí. *Sab* y *The Bondwoman’s Narrative* poseen unas características textuales y culturales que las asemejan en tono y forma demostrando que si bien asimétricamente, pues las realidades nacionales de Cuba y Estados Unidos tienen connotaciones específicas que separan a los dos países, ambos textos revelan los paralelismos narrativos que las autoras hicieron servir para moldear la sociedad que deseaban. Esta intertextualidad transcultural indirecta, como forma específica de paraliterariedad, demuestra el empeño que las

mujeres del siglo XIX, sin tener en cuenta su estatus social o su etnia, profesaron al tomar parte en el discurso nacional que hasta el momento había sido galvanizado por los hombres. En concreto, a través de la sentimentalidad del discurso romántico, de la pasión que el antiesclavismo desataba y de una visión espiritual de la epistemología heroica, tanto Gómez de Avellaneda como Crafts proyectan una historia que dibuja un proyecto nacional específico que responde a sus inquietudes vitales sin escapar del ideal del “culto de la feminidad”. El amor es la fuerza vital que empuja a los personajes de *Sab* hasta el abismo de sus posibilidades. La concepción del héroe romántico cuyas vicisitudes amorosas desvelan la pureza del alma y se erigen en paradigma nacional a seguir también se ve en la novela de Crafts en la figura de la propia Hannah, que espera a ser libre para contraer matrimonio y no perpetuar el pecado de la esclavitud. El amor como concepto excelso, inmaculado, que va más allá del contacto carnal. Así pues, en ambas novelas la esclavitud es simplemente un telón de fondo que sirve para catapultar las aspiraciones nacionales que las autoras visualizan. La libertad nacional se edifica a través de la esclavitud y no por la esclavitud, una estrategia narrativa que ya adivinó Toni Morrison en su estudio *Playing in the Dark* al pergeñar: “nada enaltece la libertad –si en realidad no la crea– como la esclavitud” (1992: 38). La visión romántica de la esclavitud en la que los avatares personales de los protagonistas subyace al sufrimiento general es la marca que define a ambas novelas y que las encuadra con pleno derecho en la literatura sentimental escrita por mujeres en el siglo XIX. De hecho, la esclavitud es, en ambas historias, equiparada a la desigualdad de género que impera en las respectivas sociedades, convirtiéndose éste en el hecho relevante al final de las historias. Se produce así, como ya advertimos al principio del artículo, la conexión femenina de las novelas antiesclavistas del Caribe con el sistema de la novela afroatlántica donde la mujer, “subyugada por el poder patriarcal de la época, establece una alianza afectiva con el esclavo y reclama tanto la libertad de éste como su propia liberación” (Benítez-Rojo 2005: 53).

Sab y *The Bondwoman's Narrative* se presentan como cartas al mundo cuyo énfasis es la regeneración moral, casi incluso mesiánica, de Cuba y Estados Unidos. Una regeneración utópica en la que los héroes y heroínas poseen una trascendencia espiritual

que les acerca a Dios y que hace de su empeño una cruzada de reforma moral y ética. Las autoras intentan promulgar que, como indica Javier Lasarte, “(l)a utopía tendrá lugar, no sólo cuando desaparezca el sistema esclavista...sino cuando el espacio admita un principio diferenciador y jerarquizador distinto de la clase, la raza o el sexo” (1999: 70). Por ello, tanto Sab como Hannah Crafts, así como otros personajes de las historias con connotaciones positivas (Teresa, Carlota, la Sra. Clifford) presentan una espiritualidad patente que les ofrece la salvación y les convierte en modelos sociales para los lectores decimonónicos. Los relatos se asemejan incluso en el abrupto final con el que ambas creadoras enjaretan sus historias en un nuevo giro romántico que desencadena tanto desencanto como esperanza. A través del romanticismo, el uso de la esclavitud y la creación de una espiritualidad redentora, las novelas de Gertrudis Gómez de Avellaneda y de Hannah Crafts se entrelazan entre sí y contribuyen no sólo a perpetuar un género literario que enciende la mecha de la reivindicación femenina sino que, además, demuestran que las mujeres utilizaron también la literatura para participar en los debates nacionales empleando sus propias armas culturales y, por tanto, plantando la semilla de una literatura genuina que florecerá a lo largo del siglo XIX con más precisión y fuerza. Ambas novelas se anticipan, así, a la crítica postcolonial pues participan de la idea de Homi Bhabha al preocuparse primordialmente por “la formación de la nación, es decir, cómo se escribe sobre todo a través de la novela” (1990: 2-3).

6. Referencias bibliográficas:

- Albin, María C. 2002. *Género, poesía y esfera pública: Gertrudis Gómez de Avellaneda y la tradición romántica*. Madrid: Trotta.
- Baym, Nina. 2004. “The Case for Hannah Vincent”. *In Search of Hannah Crafts: Critical Essays on The Bondwoman’s Narrative*. Eds. Henry Louis Gates, Jr. & Hollis Robbins. New York: Basic Civitas. 315-331.
- Benítez-Rojo, Antonio. 1998. *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna*. Barcelona: Editorial Casiopea.
- _____. 2005: “El Caribe y la conexión afroatlántica”. *Encuentro*, 36: 45-53.

- Bhabha, Homi K. 1990. "Introduction: Narrating the Nation". *Nation and Narration*. Ed. Homi K. Bhabha. London: Routledge. 2-3.
- Bloom, John. 2004. "Literary Blackface". In *Search of Hannah Crafts: Critical Essays on The Bondswoman's Narrative*. Eds. Henry Louis Gates, Jr. & Hollis Robbins. New York: Basic Civitas. 431-439.
- Cacciavillani, Carlos Alberto. "La esclavitud en *Sab*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda". 159-162. http://www.cervantesvirtual.com/bib/romanticismo/actas_pdf/romanticismo_3_4/cacciavillani.pdf. [5 Septiembre 2015].
- Compton, Wayde. 2010. *After Canaan: Essays on Race, Writing, and Region*. Vancouver: Arsenal Pulp.
- Crafts, Hannah. 2002. *The Bondswoman's Narrative*. New York: Warner Books.
- Cutter, Martha J. 2013. "Skinship: Dialectical Passing Narratives in Hannah Crafts's *The Bondswoman's Narrative*". *American Literary Realism* 46.2: 116-136.
- Esteban, Ramiro. 2007. "Funciones de la novela sentimental hispanoamericana durante el siglo XIX". *CILHA*- a. 8, n. 9: 79-97.
- Foucault, Michel. 1999. "Estética, ética y hermenéutica". *Obras esenciales*, vol. III. Ed. y trad. Ángel Gabilondo. Barcelona: Paidós.
- Genette, Gérard. 1989. *Palimpsestos: la literatura en segundo grado*. Trad. Celia Fernández Prieto. Madrid: Taurus.
- Girona Fibla, Núria. 2008. "Idas y vueltas de Gertrudis Gómez de Avellaneda". *Rituales de la verdad. Mujeres y discursos en América Latina*. México, Paris: RILMA 2/ADHEL. 159-191.
- _____. 2013. "Amos y esclavos: ¿quién habla en *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda?". *Cuadernos de Literatura*, vol. XVII no 33: 121-140.
- Gómez De Avellaneda, Gertrudis. 2013. *Sab*. Ed. José Servera. Madrid: Cátedra.
- Howard-Pitney, David. 1990. *The African American Jeremiad: Appeals for Justice in America*. Philadelphia: Temple University Press.
- Lasarte, Javier. 1999. "Blanquear a Sab: mestizaje y cultura". *Voz y Escritura*, 8-9: 61-72.
- Manuel, Carme. 1997. "Introducción". *La cabaña del tío Tom*. Harriet Beecher Stowe. Madrid: Cátedra.
- Morrison, Toni. 1992. *Playing in the Dark: Whiteness and the Literary Imagination*. Cambridge. Harvard University Press.
- Pastor, Brígida. 2002. *El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda: identidad femenina y otredad*. Alicante: Cuadernos de América sin nombre.

Servera, José. 2013. "Introducción". *Sab*. Gertrudis Gómez de Avellaneda. Madrid: Cátedra.

Winter, Kari J. 1992. *Subjects of Slavery, Agents of Change: Women and Power in Gothic Novels and Slave Narratives, 1790-1865*. Georgia: University of Georgia Press.